

Discurso de Pedro Sabando Suárez al recibir el premio «Alumno Distinguido 2009» de la Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto Jovellanos.

Permitidme las personas que configuráis el jurado que me ha otorgado el honor de «Alumno distinguido» el trato de cercanía muy cariñosa, pues sólo desde esa proximidad, muy afectiva, puedo entender que me hayáis elegido este año para dar continuidad al extraordinario índice de personalidades que me habéis precedido en dicha distinción, dando relieve con vuestra trayectoria a tal nominación.

Muchas gracias. Me produce especial emoción vuestra deferencia conmigo, precisamente en este quincuagésimo aniversario en que mi curso finalizaba el Bachillerato.

He de deciros que los galardones que me producen emoción más intensa y verdadero orgullo son los que proceden del lugar donde nací y de la institución donde hice el Bachillerato, porque en ambos casos quien los otorga conoce mejor que nadie las limitaciones y las debilidades del honrado y por tanto se hacen a la persona integral, tal cual es. En otros honores y distinciones con que la vida te sale al encuentro casi siempre son la consecuencia de algún hecho puntual y en mi sentir quedan en un segundo plano. Mi reconocimiento agradecido.

Llegué al Instituto a cursar cuarto curso en plena adolescencia, donde la Academia España, cuando el prestigio del profesor Vizoso, catedrático de Latín, estaba en el cénit de su rigor. En el curso que nos precedía, en el de Gonzalo Hevia, Requejo y Avello habían aprobado cuatro alumnos en junio.

Me incorporé con entusiasmo y en seguida desarrollé intensos lazos de amistad con un buen número de personas del curso que mantenemos y cuidamos. Verdaderamente estaba instalado y el entorno no sólo estimulaba al estudio sino también a divertirse cuando tocaba.

Las primeras preguntas, la biblioteca del Instituto, mucha lectura devorada desde Jovellanos a Juan XXIII, llevados o arrastrados de la mano de Salvador Mañero que vociferante explicaba con la misma pasión Santo Tomás o Kant, unos cuantos principios generales y frente a ello el pacato rompeolas de la sociedad gijonesa de la segunda mitad de los cincuenta.

Al tiempo disfrutaba del privilegio de un excepcional cuadro de profesores. Los profesores Cobo, García Prado, Valdés, Vizoso, M.<sup>a</sup> Elvira Muñiz, Márquez, Charo Rendueles, Azara, Mañero, D. Félix, con su idiosincrasia, o el mismo Santos, con sus parafernalias, imprimían carácter. Desde sus disciplinas eran especialmente movilizados por acción o por reacción de nuestro pensamiento juvenil, que se configuraba yuxtaponiendo entreveradamente la realidad, la mística y la utopía.

Don Santiago Ramón y Cajal dice a este respecto: «Las opiniones se cogen y no se escogen. Llegan a nosotros, como el sarampión, en que toda reacción mental defensiva es imposible».

Terminé el Preuniversitario con la firme determinación de estudiar Medicina. ¿Qué factores habían incidido en mí para tomar tal determinación?

Yo había crecido muy inquieto, y muy en el barrio del Natahoyo. Mis amigos de allí sufrían porque algunos de sus abuelos, padres y tíos o habían pasado por la cárcel y estaban enfermos o estaban enfermos sin más con una alta prevalencia, tan alta que la salud ocupaba el centro de la conversación de jóvenes y adolescentes. El alcohol, los conflictos familiares, el tabaco y la escasa capacidad económica de quien

llevaba un sueldo a casa creaba un clima que a juicio de un joven que se sentía con ciertos privilegios le llevaba a preguntarse qué podría hacer yo. Sensación que alcanza su máxima intensidad cuando salgo de la escuela de Revillagigedo para emprender mi Bachillerato y contemplo cómo mis mejores compañeros salen también, pero para iniciar otro camino: trabajar de pinches en cualquier sitio, era necesaria su aportación económica, por modesta que fuera, en la vida familiar.

Creo que de estas percepciones y vivencias arrancan tanto mi vocación médica como política.

Comencé la carrera de Medicina en Valladolid, en un clima universitario muy enrarecido. Tres años, algunas matrículas, algunos disgustos y a casa.

En las vacaciones de verano, finalizado el tercer curso y con muchas dudas, tuve una larga conversación con el doctor Ricardo Vigón, que me indicó: «A Madrid, intenta ser alumno interno en la cátedra de Jiménez Díaz».

Madrid fue para mí otra cosa. Competitividad «en campo abierto» sin camarillas, racionalidad y mucha ilusión galvanizada por las clases del profesor Jiménez Díaz.

Las clases del profesor Jiménez Díaz eran tratados. El problema estaba en que cada día presentaba un enfermo, aunque estuviéramos en los primeros compases de la patología médica, por tanto a partir de unas notas había que pasar toda la tarde intentando con los libros comprender lo escuchado a la mañana. Pero era formidable, estábamos verdaderamente haciéndonos médicos.

Tuve también mucha suerte, porque disfruté de maestros que literalmente te llevaban de la mano, sólo exigían un poquito de inteligencia, trabajo firme y estudio serio.

Después el internado y la residencia en la Fundación Jiménez Díaz, toda una institución haciendo médicos cabales proporcionándonos un oficio bien aprendido que nunca se olvidaría.

Al finalizar la residencia, dos años en el Hôpital Lariboisière de París, más estudios complementarios en el Hammersmith de Londres y más técnicas en Basilea.

De vuelta a España, de nuevo oposiciones en busca de una situación confortable y atractiva y la Fundación Jiménez Díaz iniciaba una deriva, a mi juicio, inadecuada.

En aquellos años, mi madre ansiando que yo viniera a trabajar a Asturias, me comentó que no lo hacía porque no era capaz de «ganar un puesto», le respondí con todo cariño y posteriormente me presenté y obtuve por oposición la plaza de jefe de Reumatología del Hospital Virgen de Covadonga de Oviedo, donde sólo estuve seis meses. No me adapté, volví de adjunto a la F. J. D. Tal vez vivir en Gijón y trabajar en Oviedo me desorientó.

Después otra oposición, la Jefatura de Servicio de mi especialidad en el Hospital de la Princesa, donde ya me correspondía a mí emitir, había recibido demasiado.

He dirigido el servicio durante treinta y dos años, junto a un jefe de sección y nueve adjuntos. Hemos diagnosticado y tratado miles de pacientes. Desde el comienzo hemos tenido venia docente para formación de especialistas en Reumatología y allí se han formado, como tal, treinta y cuatro españoles y siete extranjeros; entre los que hay varios jefes de servicio en España y dos en otros países.

También se han formado en el servicio once becarios con dedicación preferente al laboratorio en el ámbito de las enfermedades autoinmunes.

Hemos desarrollado diecisiete proyectos de investigación financiados desde instituciones oficiales y treinta y uno subvencionados por la industria o distintas fundaciones privadas.

También hemos dirigido dieciséis tesinas de licenciatura y catorce tesis doctorales.

Cada año, distintos miembros de la plantilla, residentes y becarios han presentado comunicaciones y desarrollado ponencias en congresos de la especialidad, bien nacionales, europeos o de la sociedad norteamericana.

Esta actividad asistencial, docente e investigadora nos ha permitido publicar en torno a seiscientos trabajos.

A lo largo de estos treinta y dos años yo he tenido varios períodos de excedencia; pero la proximidad, el buen ambiente y la complicidad con quien primero fueron mis alumnos y después mis compañeros me ha permitido no sólo orientar el servicio en todo momento, sino mantener mi actividad profesional, mi oficio.

Dos de mis adjuntos han sido presidentes de la Sociedad Española de Reumatología, una de ellos lo es actualmente. Otro ha sido presidente de la Liga Española contra las Enfermedades Reumáticas.

Comprenderán que me sienta orgulloso de haber podido crear y configurar un grupo humano y profesional tan potente, que es la prolongación de mi ámbito más íntimo.

Ahora cuando ha llegado el momento de trasladar el liderazgo del servicio lo han dirimido en limpia oposición entre las tres personas que se encontraban con fuerza e ideas, mi mejor patrimonio es que podían haber sido todos los miembros de plantilla.

Dos palabras en el ámbito de la política

Mi vida política ha sido un viaje desde el sindicalismo a los parlamentos (regional, Congreso y Senado) pasando por responsabilidades a nivel regional, nacional e internacional.

En mí, el médico y el político conviven complementándose, inspirando la acción en unas ocasiones y repeliéndose en otras. La medicina es ciencia, la política debería ser un arte.

Desde mi oficio de médico he de decirles que la política es apasionante, se hacen muchas cosas, se incorporan múltiples experiencias y enseñanzas tanto acerca de los comportamientos personales como de los grupales o partidarios.

Permítanme, pues, algunas consideraciones de carácter general, que he repetido los últimos meses a modo de índice. Brevemente. No teman, no voy a hablar de lo que está en las primeras páginas de los periódicos. No hablaré de opacidades, transparencias, cohechos, corrupciones, espionajes, etcétera. Sólo lo haré de algunos conceptos que me preocupan.

Tenemos en España un problema que yo considero mayor. En la actualidad se percibe un cierto alejamiento entre las ideologías dominantes y la realidad ciudadana. Tal vez porque las ideologías no reconocen ni admiten patrimonializaciones, o acaso

porque esas mismas ideologías requieren ajustes, en forma de letra pequeña o grande, que respondan y ofrezcan soluciones a los problemas que emergen de la vida cotidiana y su organización. Es evidente, también, que las ideologías necesitan intérpretes, preparados específicamente, para desempeñar las responsabilidades, pues sólo así se genera respetabilidad.

Dos consideraciones a modo de ejemplos: hace años, N. Bobbio en su *Destra e Sinistra* señalaba que la negación de diferencias entre derecha e izquierda podría funcionar como coartada de la injusticia. Hoy es constatable que derecha e izquierda permeabilizan e incorporan sin grandes traumas importantes segmentos del discurso ideológico del oponente tradicional, las diferencias serán pues, más programáticas que filosóficas y se referirán a aspectos concretos, como la progresividad o intensidad de la política fiscal, la flexibilidad del mercado laboral o el tamaño del Estado, en sus distintos ámbitos y expresiones, por citar algunas. Es bien evidente que dichos rasgos programáticos se desprenden de un pensamiento político concreto, esto es, de una ideología.

Por otra parte, la alternancia en el poder de partidos conservadores y socialdemócratas no produce alteraciones en el modelo de desarrollo, lo cual se interpreta también, por algunos, como vaciamiento ideológico, fruto de un análisis equivocado tanto de la realidad social como del hecho político e ideológico, adecuadamente puestos al día.

Si se desdeña el análisis en profundidad de ambos ejemplos o se remite a otras instancias el estudio de los fenómenos sociales, extrayéndolos del necesario debate partidario, corremos el riesgo de que los partidos políticos, piezas angulares de nuestro sistema, puedan llegar a convertirse en burocracias oligárquicas, sujetas a un funcionamiento vertical que oscurezca la creación de ideas y absorba la libertad y la autonomía del pensamiento creativo y transformador.

Sólo el perfeccionamiento de la estructura democrática partidaria y de los distintos mecanismos de funcionamiento, incluida la elección de candidatos, podría frenar dicha deriva. Debería ser un objetivo mayor que se incorporara a la agenda prioritaria del Estado y por supuesto a la de todos los partidos políticos.

De ahí que vea con preocupación cómo las legítimas diferencias intrapartidarias o entre partidos no se solventan desde las estrategias que puedan desprenderse de los valores o las ideas, sino desde aspectos colaterales, desde experimentos que podía calificar como «sucios», que son utilizados con fruición en la dialéctica política, a la vez que se olvida o posponen lo fundamental. De contemplarse seriamente lo sustancial probablemente obligaría a otra estrategia y por tanto a otro discurso.

Tengo la sensación de que estas cuestiones contribuyen también a alejar a los ciudadanos de la vida política, porque entienden que ésta se reduce a la lucha por el poder partidario o institucional, como un valor en sí mismo expresado en términos no suficientemente satisfactorios. En este mundo globalizado, los ciudadanos siempre comparan su realidad con el mejor de los referentes.

Por otra parte, creo que los partidos políticos no deben ser en sí mismos instituciones sacralizadas, sino instrumentos para conseguir objetivos y si éstos son superiores hay que aceptar la erosión como un servicio.

En ese sentido en Alemania, CDU y SPD, más allá de su desgaste, nos están ofreciendo en la actualidad una lección importante.

Por otra, se hace cada vez más evidente que es necesario configurar un discurso que sin negarse ingenuamente a ver la realidad tal como es esboce un modelo de

desarrollo económico y de convivencia política y social que asuma simultáneamente y con igual entusiasmo las tareas de crear riqueza con eficacia y justicia y distribuirla con justicia y eficacia. Cada vez me parece más evidente que ambas dimensiones forman parte de un binomio inseparable y que, pese a lo aparente, esperar que un lado de esta ecuación anule al otro no es sino un prejuicio pseudoideológico sin legitimidad científica ni social: apenas mera estética política.

Con dicho discurso estaríamos, pues, en condiciones para recuperar el equilibrio entre el Estado y el mercado, que es donde desde mi perspectiva tal vez pueda estar una de las claves para la recuperación económica.

Llegados a este punto me permito hoy citar a Mariano José de Larra, cuando decía «cumpla cada español con sus deberes de buen patricio y, en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento “cosas de España”, contribuya cada cual a las mejoras posibles».

Termino mis reflexiones políticas volviendo al plano personal y a mi sanidad, para reconocer y agradecer en la memoria a la figura de Ernest Lluch que me permitiera diseñar el modelo sanitario público que establece la ley General de Sanidad, a través del Sistema Nacional de Salud.

Los esfuerzos de muchas personas, incluso desde posiciones ideológicas antagónicas, hicieron posible que años después e inspirado complementariamente en el NHS, configuráramos el actual Sistema Nacional de Salud. A todos ellos nuestro reconocimiento histórico y con todos ellos estarían en deuda quienes malbarataran el actual sistema, con independencia de su teórica orientación política.

Para finalizar, volvamos al Instituto. Creo que mi formación en esta casa ha sido determinante en mi vida.

Este Instituto, el Instituto Jovellanos, es un descendiente de la Ilustración.

La Ilustración no fue una filosofía, ni siquiera un sistema ideológico, sino unos cuantos principios generales que determinaban programas de actuación con una meta: conseguir un ser humano mejor, más cabal, con mayor capacidad de discernir, para hacer un mundo distinto, nuevo, también mejor, tal como se desprende de la oración inaugural de Jovellanos a la apertura del Real Instituto Asturiano.

Bien breve, era una síntesis de su pensamiento. Se ubicaba con claridad, lejos de una sociedad en la que había nacido, buscaba un mundo nuevo, donde se vale en tanto que se posee la sabiduría, y donde se es sabio, en tanto que se es útil a la sociedad en que se vive.

Por eso cuando un ilustrado, como dice Caso González, hablaba de educar a los ciudadanos estaba pensando en la libertad del individuo, es decir, en su capacidad de opción entre las diversas posibilidades que se le presentan. Así pensaba Jovellanos a diferencia de Floridablanca o Campomanes que únicamente querían instruir a las personas para hacerlas rendir al máximo.

A este Real Instituto Jovellanos llegaba entonces el aroma del criterio ilustrado que pese a las dificultades fue mantenido mayoritariamente por nuestros profesores que nos enseñaron y tutelaron como dignos sucesores que eran del Jovellanos profesor. Primer profesor de Lengua y Literatura Española en el Real Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía, institución nuclear y en buena medida progenitor de este Instituto, que nos ha formado a nosotros.

De este modo de hacer, todos nos beneficiamos y también, como no podía ser menos, mis compañeros y yo, que salimos bien dispuestos para abordar los estudios universitarios y para afrontar la vida misma. Íbamos bien equipados.

Por eso son de máxima actualidad aquellas palabras de Kant, del Kant apasionadamente explicado por Salvador Mañero, a hombres y mujeres de 15 años cuando decía: «Falta mucho para que la totalidad de los hombres sean capaces de servirse bien del propio entendimiento, sin acudir a extraña conducción. Sin embargo, ahora tienen el campo abierto para trabajar libremente por el logro de esa meta, y los obstáculos para una ilustración general son cada vez menores».

Efectivamente, Charo, María Elvira, nos ofrecisteis un campo verdaderamente abierto. Quiero expresar en nuestras personas el reconocimiento agradecido de nuestra promoción al Instituto.

Muchas gracias.